I

1813-1831

Antigüedad de la familia Ozanam — Tesoros familiares — Historia de Jeremiah Hozannam — Jacques Ozanam y su sobrino Benoît — Carrera de Jean Antoine, padre de Federico — Nacimiento de Federico en Milán, en 1813 — Establecimiento de su padre como médico en Lyon — La infancia de Federico — Confidencias tempranas — La escuela — Período de interrogantes y dudas — Alumno del abate Noirot — Testimonio de Noirot sobre él — Empleado en una oficina de abogados — Escribe una obra en contra de los sansimonianos — Felicitaciones del señor Lamartine — Estudio sobre el estado de la sociedad en Francia — Sus puntos de vista y aspiraciones a los 17 años — Programa de trabajo para el futuro — Sus ideas de la verdadera gloria — Su libertad ante la mera ambición de conseguir dinero y una posición en el sentido mundano.

Los Ozanam son uno de esos linajes en los que la virtud y la ciencia parecen ser legados que se heredan de padres a hijos, como si de reliquias se tratase. A lo largo de más de tres siglos, cada generación ha contado entre sus miembros con algún renombrado hombre de ciencia y con una o varias personas dedicadas al servicio de la Iglesia. Aún se conserva, entre los tesoros familiares, un *Oficio a Nuestra Señora*[502] manuscrito en caracteres góticos y ornado con delicada habilidad por Elizabeth Hozannam, religiosa de un convento ursulino durante el siglo XV. En las últimas páginas del libro aparece anotada la genealogía de las más antiguas ramas de los Ozanam, incluyendo un registro individual de nombres y fechas de cada generación.

No satisfechos, sin embargo, con este noble árbol familiar, los Ozanam hunden, aún más profundamente, sus raíces en la tradición inmemorial. En la primera página[503] de los registros familiares leemos que un ancestro, llamado Jeremiah Hozannam[504], *prætor*[505] de la XXXVIII Legión Romana[506], partió a la Galia con Julio César, tras la conquista de Seguvia —región situada entre Jura[507] y los Alpes[508]—. Por su intervención en la conquista del territorio recibió como lote un cantón llamado Bellignum, al norte de Lyon, conocido más tarde como el poblado de Bouligneux[509]. Jeremiah reclamó para sí estos terrenos baldíos, cubiertos por bosques y pantanos, y allí fundó una pequeña colonia judía. Murió en el año 43 a.C., el mismo

502 Devoción litúrgica a la Virgen María que imita, y se añade, al Oficio Divino.

503 Si esta legendaria genealogía la reclamase una familia que no fuese judía, nos sentiríamos obligados a descartarla inmediatamente como algo de poca entidad para una memoria biográfica. Sin atribuirle más que una importancia mítica, resulta demasiado pintoresca como para ser omitida [nota de la autora].

504 Hozannam es el plural de Hozanna, de acuerdo con la costumbre de escritura hebrea de nombres familiares [nota de la autora].

505 «Pretor», en latín en el original. Eran los magistrados encargados de gobernar las provincias sometidas por las legiones romanas.

506 Unidad militar bajo el mando un general (o del emperador, durante el Imperio), que existió desde las reformas de Cayo Mario, hasta la caída del Imperio (siglo V).

507 Cadena montañosa de Francia y Suiza, entre el valle del Ródano y el del Aare inferior, al norte de los Alpes.

508 Importante cadena montañosa situada en Europa Central.

509 Comuna francesa, situada en el departamento de Ain y la región de Rhône-Alpes.

Representación de Cayo Julio César (100 a. C.–44 a. C.), líder militar y político romano.

año en el que Julio César fue asesinado [sic][510]. Aunque tuvo muchos hijos, solo se conserva la genealogía del mayor.

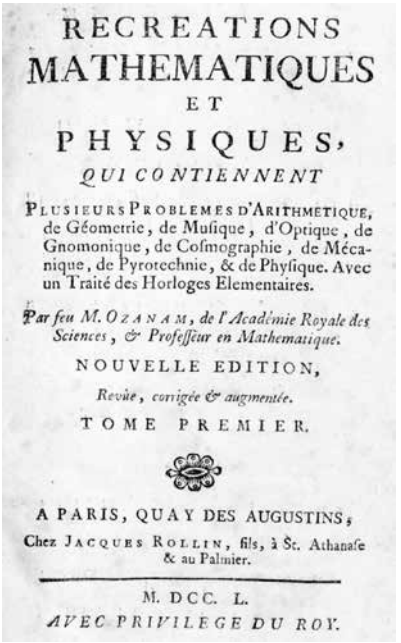
Comienza, así, la larga línea de ancestros en la que se suceden los Jacob, Ismael, Elías, Abimelech, Jehoshaphat, Shem, etc., cual procesión de testigos que reivindican el origen judío de la familia. El linaje judío continúa hasta comienzos del siglo VII, interrumpiéndose cuando san Desiderio planta la Cruz en su camino. El santo, después de haber denunciado el impío estilo de vida de la reina Brunegilda, fue perseguido por la sanguinaria princesa y huyó a la seguridad de un bosque, cerca de Bouligneux, donde Samuel Hozannam, entonces cabeza de familia, le ofreció su protección con franca hospitalidad. San Desiderio se lo agradeció bautizando en la fe cristiana a toda la familia. Finalmente, los emisarios de Brunegilda apresaron al santo y le estrangularon a orillas de un riachuelo llamado Renom, donde, pasado un tiempo, surgió un poblado que se llamó San Desiderio de Renom[511]. A partir de entonces comienzan a aparecer, en el linaje de la familia Ozanam, los nombres cristianos —Matías, Juan, Pedro y otros— mezclándose con los hebreos.

Benoît, abuelo de Federico Ozanam, fue el primero en suprimir una *n* y la *H* inicial del apellido familiar, que pasó en adelante a ser *Ozanam*. Benoît fue sobrino [sic][512] del famoso matemático Jacques Ozanam, cuyo panegírico escribió Fontenelle. Sus contemporáneos citaban continuamente un pintoresco dicho del matemático, bastante característico de la época:

> Disputar es asunto de los doctores de la Sorbona, dogmatizar el del papa, e ir al cielo por la línea perpendicular el de los matemáticos[513].

Tal es la historia de los más remotos ancestros de Federico.

Siendo joven Jean Antoine, el padre de Federico Ozanam, tuvo que servir durante


RECREATIONS
MATHEMATIQUES
ET
PHYSIQUES,
QUI CONTIENNENT
PLUSIEURS PROBLEMES D'ARITHMETIQUE, de Géometrie, de Muſique, d'Optique, de Gnomonique, de Coſmographie, de Mécanique, de Pyrotechnie, & de Phyſique. Avec un Traité des Horloges Elementaires.
Par feu M. OZANAM, de l'Académie Royale des Sciences, & Profeſſeur en Mathematique.
NOUVELLE EDITION,
Revûe, corrigée & augmentée.
TOME PREMIER.
A PARIS, QUAY DES AUGUSTINS,
Chez JACQUES ROLLIN, fils, à St. Athanaſe & au Palmier.
M. DCC. L.
AVEC PRIVILEGE DU ROY.

Portada de una obra escrita por el matemático Jacques Ozanam.

510 Julio César murio asesinado el 15 de marzo del año 44 a.C.

511 Llamado *Le Plantay* a partir del siglo XIV.

512 Sobre su parentesco con Federico ver su entrada en el *Apéndice biográfico* de esta obra.

513 *Cf.* Bernard le Bovier DE FONTENELLE, «Éloge de Jacques Ozanam», en *Histoire de l'Académie royale des sciences*, París: Imprimerie Royale, 1717. Puede consultarse en https://goo.gl/8yhXBA (fecha del último acceso: 31 de julio de 2017).

cinco años en el ejército, obligado por la ley del servicio militar[514]. Ingresó en el regimiento de los húsares[515], participando en la campaña de Italia[516] bajo las órdenes de Napoleón (que, por aquel entonces, aún era general), compartiendo su gloria en las batallas de Lodi, Arcole, Pavía, Rivoli, etc. Sufrió cinco heridas en el campo de batalla; mas, a pesar de ellas, capturó al general napolitano, el príncipe de Cattolica[517], y le llevó prisionero a Bolonia, hazaña que estableció su reputación de soldado valeroso.

Cuando finalizaron las guerras de la República[518], Jean Antoine, que no deseaba servir bajo el Imperio[519], regresó a su ciudad natal, Lyon. Poco después[520] se casó con Marie Nantas, hija de un rico mercader de la ciudad. Se dedicó al comercio con semejante éxito que, en pocos años, ya poseía una pequeña fortuna. Se trasladó entonces a París con su familia, en donde vivió felizmente hasta que, en un gentil pero imprudente gesto, avaló el préstamo de un pariente cercano, que estaba pasando dificultades económicas. No finalizó bien el negocio, lo que provocó su completa ruina. Lo perdió todo: hasta el mobiliario tuvo que ser vendido. Llegó su situación a oídos del emperador [Napoleón Bonaparte] que enseguida le envió una patente de capitán para su propia guardia (que estaba organizando por aquel entonces), acompañada de un adulador mensaje dirigido al «brillante oficial cuyo valor dejó una viva impresión en mí». Pero Jean Antoine rechazó el

514 El 23 de agosto de 1793, la Convención (principal institución de la Primera República Francesa) proclamó la obligatoriedad de servicio militar para todos los hombres franceses de edades comprendidas entre los 20 y 25 años, salvo los casados o los que, aún no estándolo, tuvieran personas a su cargo. *Cf.* Ángel Herrero Cecilia, *La época napoleónica*, Madrid: Akal, 1984, pp. 36 ss.

515 El origen de los húsares se remonta a mediados del siglo XV, en Hungría. Cada escuadrón estaba formado por veinte jinetes (de ahí el nombre, de la palabra húngara «*husz*», que significa veinte). El modelo fue copiado, posteriormente, en otros ejércitos (Polonia, Austria, Francia...). Eran jinetes armados de forma liviana, dotados de gran movilidad, que realizaban tareas de exploración y reconocimiento, mediante pequeñas incursiones o emboscadas. Con el tiempo se convirtieron en tropas de élite, que aún hoy en día perviven en algunos países (Francia, Reino Unido, Hungría, Bélgica, Venezuela, etc.). También, durante la Revolución Francesa, Napoleón utilizó escuadrones de húsares para sus batallas.
Jean Antoine Ozanam participó en las campañas italianas.

516 Las campañas italianas de las guerras revolucionarias francesas (1792-1802) fueron una serie de conflictos en el norte de la península italiana, entre el ejército revolucionario francés y una coalición de Austria, Rusia, el reino de Cerdeña y el resto de Estados italianos.
— Batalla de Lodi, en 1796: Francia vence a Austria.
— Batalla del puente de Arcole, en 1796: Francia vence a Austria.
— Batalla de Rivoli, en 1797: Francia vence a Austria.

517 Cattolica es una localidad en la provincia de Rímini (Italia). El príncipe de Cattolica era general mayor de la caballería napolitania.

518 En 1797 se firmó el Tratado de Campo Formio, entre Francia y Austria, poniendo fin a la primera coalición, aunque el acuerdo no fue duradero ni plenamente efectivo, pues al año siguiente de la firma se reanudaron las hostilidades.

519 El primer Imperio francés comienza con la coronación de Napoleón Bonaparte como emperador de Francia, el 18 de mayo de 1804, aunque, desde el 9 de noviembre de 1799, un golpe de estado había acabado con el Directorio e iniciado el Consulado, con Napoleón como Primer Cónsul.

520 El 20 de abril de 1800.

ofrecimiento; no le pudo perdonar a Bonaparte el haber transformado la República en Imperio, y prefirió enfrentarse al mundo con independencia, aun arruinado como estaba.

Su optimismo indomable y carácter firme le dispusieron a afrontar la pobreza con el mismo valor con el que, años atrás, arrostraba los mortíferos cañones en las batallas. Dejando a su mujer e hijos en París, partió hacia Italia[521], donde aún conservaba amigos de su etapa militar, en donde esperaba utilizar su educación francesa con mayor provecho que en su propia nación. Fue recibido con cordialidad y se aseguró un número suficiente de alumnos en Milán[522], lo que le permitió mandar a buscar a su familia y asentarse allí como profesor. La fiel criada, a la que cariñosamente llamaban *Guiguí*[523], también acompañó a la señora Ozanam y sus hijos. Era *Guiguí* una excelente criada francesa, tradicional, como las que había en las generaciones precedentes pero que, rara vez (si ocurre) se encuentran en la presente. Compartía la escasez de su señor, y trabajaba con ahínco para añadir su ofrenda a la bolsa común, en aquellos días de indeseada angustia.

El señor Ozanam comenzó a estudiar Medicina, a la par que trabajaba duramente en sus *lecciones*. Fue capaz, en solo dos años, de aprobar sus exámenes con gran éxito y de adquirir muy pronto una buena práctica, gracias a su infatigable esfuerzo y a aquel heredado instinto de ciencia que parecía ser la progenitura de su apellido. Dedicó una buena parte de su tiempo a los pobres. Pero su desinteresada bondad se manifestó claramente con los soldados enfermos de la guarnición de Milán, cuando una terrible epidemia se desató en la ciudad, atacando con especial virulencia a las tropas. Los dos médicos adscritos al hospital militar cayeron enfermos de fiebre y murieron. El doctor Ozanam se ofreció a sustituirlos y, haciendo del hospital su morada, permaneció en él hasta el fin de la peste, sin ayuda alguna y a cargo de varios cientos de enfermos[524].

Durante este año memorable nació su hijo Federico, el 23 de abril de 1813.

---

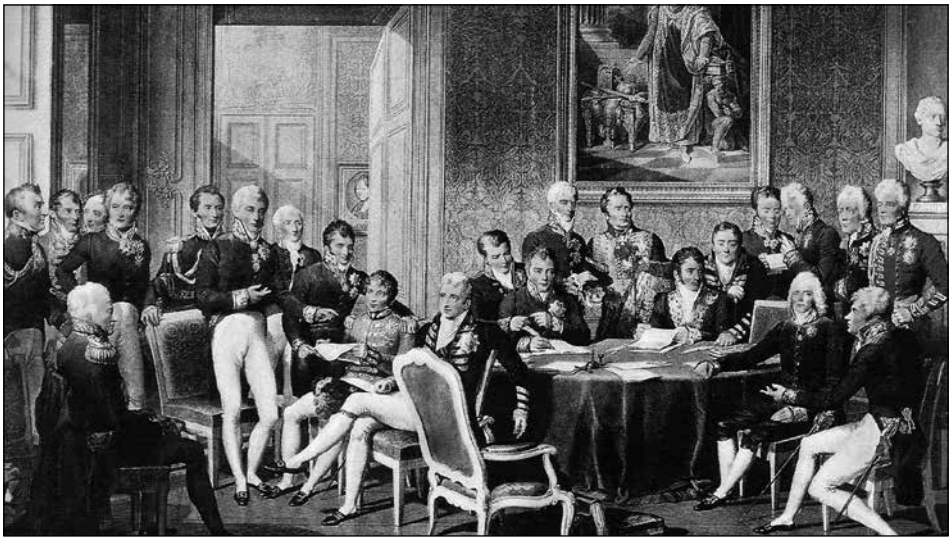
521 La península italiana no era, en aquel entonces, una unidad política, sino que estaba fragmentada en múltiples estados.

522 En 1805, Napoleón transforma la República Cisalpina (de la que formaba parte Milán) en el Reino de Italia, autoproclamándose rey y nombrando virrey a su hijastro, Eugène de Beauharnais (de 1805 a 1814).

523 *Guiguí* (llamada Marie Cruiziat) fue recibida muy joven al servicio del abuelo de Federico. Su prolongada vida le permitió conocer a cuatro generaciones de los Ozanam.

524 A finales de 1813, una epidemia de tifus causa estragos en Milán, especialmente entre los militares enfermos: «El doctor Ozanam se entrega a atenderlos sin tener en cuenta su propio sufrimiento. Unos meses después le será concedido un reconocimiento oficial: el 8 de abril de 1814, Eugène de Beauharnais le condecorará con la orden de la Corona de Hierro del reino de Italia». *Cf.* Gérard Cholvy, *Frédéric Ozanam, l'engagement d'un intellectuel catholique au XIX^e siècle*, París: Fayard, 2003, capítulo 2.

«El Congreso de Viena», obra de Jean-Baptiste Isabey (1767–1855).



A la entrada de los austriacos en Milán[525], el doctor Ozanam decidió regresar a Lyon, por resultarle desagradable permanecer bajo una ley que no fuera la francesa. Volvieron, pues, a Lyon, a donde ya le había precedido la fama de sus habilidades médicas, de manera que pudo asegurarse, al poco tiempo de llegar, una práctica médica considerable. Mas, a pesar de que su actividad creció rápidamente y durante muchos años le colocó a la cabeza de la profesión, el doctor Ozanam jamás volvió a ser rico[526]. La riqueza nunca fue su objetivo principal; veía la profesión médica como una especie de sacerdocio y dividía sus labores, a partes iguales, entre ricos y pobres. Su esposa le apoyó fielmente en su apostolado de caridad durante diecisiete años. Cuando ambos envejecieron y no fueron capaces de subir con tanta agilidad los seis o siete pisos que había hasta las buhardillas donde vivían sus pacientes más pobres, hicieron mutua promesa de no ir más allá de un cuarto piso. La débil salud del doctor Ozanam hizo necesaria esta limitación, ya que sufría de vértigos que, sin previo aviso, se apoderaban de él en cualquier momento. Su esposa, por su parte, sufría de una opresión en el pecho que se veía incrementada, hasta casi la asfixia, al subir escaleras. En muchas ocasiones, al salir de sus viviendas, los vecinos de aquellos pobres

525 Después de la caída de Napoleón en 1814, el Congreso de Viena devolvió Lombardía a los austríacos, quienes gobernaron allí hasta 1859.

526 Ciertamente, tampoco se puede defender que perteneciese a la clase pobre. El doctor Ozanam estaba entre los 90.000 electores con derecho a voto, «entre 9.000.000 que habrían podido serlo si el sufragio hubiera sido en verdad universal. [...] El artículo 40 de la *Charte* de 1814, completado por la *ley Lainé* del 7 de febrero de 1817, fijaba unas condiciones rigurosas destinadas a circunscribir el tamaño del cuerpo electoral a los que pagaban mayores impuestos. Para ser elector había que tener más de treinta años y pagar al menos 300 francos de contribución; para ser elegido había que tener cuarenta años y pagar al menos 1.000 francos». *Cf.* Gérard Cholvy, *op. cit.*, capítulo 2.

a los que iba a visitar la encontraban sentada en las escaleras, jadeando. Marido y mujer no siempre fueron fieles a la hora de mantener su promesa: en más de una ocasión sucedió que, bajando el doctor discretamente del séptimo piso —a donde algo más que la miseria común le había convocado— se encontraba cara a cara con su mujer, que subía furtivamente al encuentro del necesitado. El buen doctor encontró la muerte volviendo de una de esas paupérrimas moradas. A pesar de estar familiarizado con los peligros de la escaleras oscuras y rotas, dio un paso en falso, lastimándose tan severamente que moriría al día siguiente[527].

Habían tenido catorce hijos, de los cuales solo sobrevivieron a la infancia una hija[528] (que falleció a la edad de diecinueve años) y tres hijos (entre los que Federico ocupaba el segundo lugar).

Niño deshollinador.
Ilustración de Emile Bayard, para Holiday Keepsake, Gall & Inglis, hacia 1880.

No encontramos en la infancia de Federico ninguna de esas pintorescas o llamativas peripecias que tanto gusta descubrir en los albores de los hombres ilustres. Su único rasgo destacado fue una excesiva sensibilidad ante el sufrimiento ajeno. Se cuenta que, estando aún en Milán, siendo un niño de pocos años, al oír por la mañana cruzar la calle, bajo la ventana de su cuarto infantil, a los pequeños deshollinadores gritando «*Spazzacamino, spazzacamino!*»[529], se sentaba en su cuna, con una expresión de intensa piedad en su cara, hasta que la quejumbrosa voz infantil se desvanecía en la distancia; Federico suspiraba entonces: «¡Pobre deshollinador!», y volvía a acostarse.

527 Jean Antoine Ozanam murió el 12 de mayo de 1837.

528 Elisabeth Ozanam, primogénita de la familia.

529 «¡Deshollinador! ¡Deshollinador!». En italiano en el original.
Para realizar el trabajo de limpieza de las chimeneas, habitualmente se empleaba a niños (incluso de tan solo 3 ó 4 años de edad), por su menor tamaño y facilidad para escalar. Muchos de ellos perdían la vida realizando este peligroso trabajo, y otros muchos sufrían tuberculosis, quemaduras, llagas e infecciones. La falta de cuidados sanitarios agravaba aún más la situación.
Cf. Artículo «Chimney sweep», en https://goo.gl/cEPP93 (último acceso: 31 de julio de 2017).

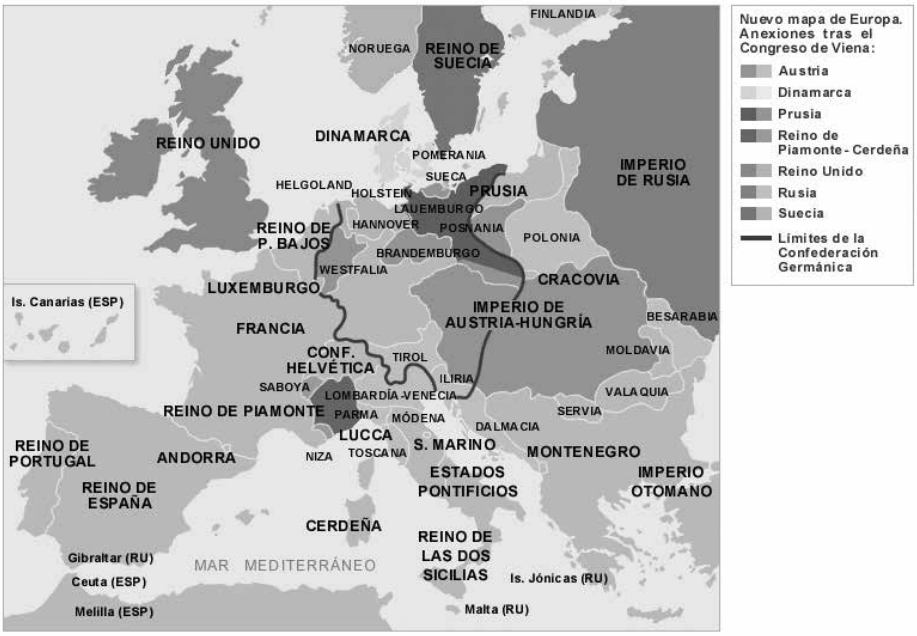
No obstante, esta precoz sensibilidad no estaba exenta de cierta obstinación y temperamento apasionado. Era muy aficionado a los juegos, y muy puntilloso a la hora de mantener el juego limpio; y aún así, nadie podía lograr que reconociera una derrota: cuando sus compañeros de juego insistían en que les entregase su legítima satisfacción, el muchacho golpeaba su pequeño pie en el suelo y protestaba, diciendo que *prefería morir a aceptar la derrota*.

En una carta, escrita con dieciséis años a un confidente amigo, encontramos una especie de autobiografía de aquellos primeros años, lo suficientemente representativa como para que consideremos veraz el juicio que hace de sí mismo:

> Ahora quiero darte a conocer —le dice— lo que he sido hasta ahora.
>
> Se me ha dicho que cuando era niño yo era muy dulce y muy dócil, y se atribuye eso a la blandura de mi temperamento, pero yo veo en ello otro motivo. Tenía una hermana, una hermana a la que quería mucho y que me instruía junto con mi madre, y sus enseñanzas eran tan dulces, tan bien presentadas, tan adaptadas a mi inteligencia infantil, que yo encontraba en ellas un verdadero placer. En resumen, yo creo que entonces era bueno y que, excepto por algunos pecadillos, no me reprocho gran cosa de esos años. A los siete años caí seriamente enfermo. Todo el mundo llegó a pensar que me curé de la enfermedad por milagro. No me faltaron los cuidados. Mis buenos padres no dejaron en ningún momento la cabecera de mi cama durante quince días. Debía de estar delirando cuando se me ocurrió pedir cerveza. Y la cerveza me salvó, y me curé. Seis meses más tarde, mi hermana, mi buena hermana, murió. Sufrí con todos el dolor de su muerte. ¡Cómo sufrí!
>
> Estudié latín y, mientras lo aprendía, fui adquiriendo malicia. De verdad, creo que nunca he sido tan malo como a la edad de 8 años. Sin embargo, los que seguían educándome eran un padre bueno, una madre buena, un hermano bueno[530]. Por entonces yo no tenía amigos fuera de la familia. Me había hecho colérico, obstinado, desobediente; me castigaban y yo me resistía ante el castigo, escribía cartas a mamá para quejarme. Era, en alto grado, perezoso y caprichoso en el comer. Y, desde entonces, comenzaron a brotar en mi cabeza toda clase de malas ideas, que yo intentaba rechazar en vano. Así era yo cuando empecé a ir al colegio a los 9 años y medio. Fui mejorando poco a poco, la emulación me quitó la pereza, quería mucho a mi profesor, me hice amigo de Balloffet, excelente persona, tuve algunos éxitos que me dieron ánimos, estudiaba con ardor, pero, al mismo tiempo, empecé a tener orgullo. Por lo demás, también tuve ocasión de intercambiar puñetazos e idioteces, etc., etc. Pero había cambiado mucho.

[530] El hermano se llamaba Charles Alphonse, y llegó a ser sacerdote.

Países y fronteras de Europa en 1815.



> Las cosas siguieron más o menos igual en el quinto curso, durante el que estuve enfermo mucho tiempo y me vi obligado a pasar un mes en el campo, en casa de una dama excelente, en la que adquirí muchas buenas maneras, que luego perdí enseguida.
>
> Me relajé un poco en el cuarto curso, y en el tercero volví a cobrar ánimos. Hice durante ese curso mi primera comunión. Día de felicidad, ¡que se seque mi mano y mi lengua se pegue al paladar[531] si lo olvido alguna vez! Para entonces había cambiado mucho, y era modesto, dulce, dócil y, por desgracia, me hice también un poco escrupuloso.
>
> Tú ya conoces mi vida a partir de esa época, bastará que te diga que, desde entonces, empecé a ser más laborioso y que seguí siendo siempre algo orgulloso e impaciente[532].

Aunque, al reflexionar sobre aquellos primeros años desde la contenida energía de los dieciséis, Federico se acuse de pereza, siempre se le consideró un escolar trabajador, desde el comienzo de la escuela hasta su término; pero, como muchos otros niños dotados de particular talento, al evaluarse a sí mismo tendía a hablar de forma desproporcionada.

Algunas asignaturas le eran tediosas y desagradables, mientras que otras las encontraba fáciles y atractivas. Así, mostró especial interés por el latín,

531 *Cf.* Salmo 136.

532 A Auguste Materne, 5 de junio de 1830, en CFO, tomo 1.

y manifestó tal facilidad con los versos latinos que su profesor, el señor Legeay, veterano clasicista de la vieja escuela, pensó que merecía la pena preservar muchos de los que escribió, e incluso algunos los publicó en una memoria biográfica, después de la muerte de su pupilo[533]. Durante su paso por el tercer y segundo grado[534], entre los trece y catorce años, Federico comenzó, y casi terminó, un voluminoso poema en latín sobre la toma de Jerusalén por Tito[535].

El rango de su juvenil musa era amplio y ambicioso, a juzgar por las muestras guardadas por el señor Legeay. En ellas seguía los suaves vuelos de la alondra, había comuniones místicas con la luna y las estrellas, el adiós de María Antonieta a la princesa Isabel[536] escrito en señoriales hexámetros virgilianos, himnos sobre temas sagrados y tiernos cánticos a la Virgen. En su obra, el señor Legelay escribe que

> a menudo me sentía asombrado de la fuerza y la elevación de estos vuelos juveniles; sus análisis de Historia sagrada e Historia antigua eran, ciertamente, sorprendentes. Las materias donde brillaba más eran aquellas referentes a los sentimientos religiosos y patrióticos[537].

A los catorce años comenzó los estudios superiores, dando inicio a una nueva y atormentada etapa que dejaría huella en él durante el resto de su

533 Urbain Legelay, *Étude biographique sur Ozanam*, París: Jacques Lecoffre et C^ie^, 1854.

534 Federico comenzó sus estudios en el Colegio Real de Lyon, como externo, en octubre de 1822. En la instrucción secundaria, durante su época, los cursos eran numerados descendentemente, esto es: *sixième* (sexto) correspondía al primer curso que se realizaba (los alumnos más jóvenes, aproximadamente a los 10 años de edad), seguido *cinquième* (quinto), *quatrième* (cuarto) y *troisième* (tercero). Estos cuatro cursos formaban el bloque de gramática (la primera etapa de secundaria): «Se dedican a los ejercicios de traducción de latín y griego, versión y tema; al estudio de la historia sagrada y de la historia profana, y en *troisième*, a los primeros ensayos de poesía latina». *Cf.* Gérard Cholvy, *op. cit.*, capítulo 2.
En octubre de 1826 comienza la segunda etapa. El curso de *seconde* (segundo) se dedicaba a las humanidades y a la poesía francesa y latina. En octubre de 1827 comienza el curso de *rhétorique* (retórica).
Una tercera etapa completaba los estudios secundarios: en octubre de 1828 comienza dos años de *philosophie* (filosofía), hasta julio de 1830. El primer año estudia con el abate Noirot, y el segundo con el señor Nouseilles.
Por lo tanto, Federico dedicó ocho años a sus estudios secundarios en el Colegio Real de Lyon, de octubre de 1822 a julio de 1830, cuando finalmente consigue su bachiller en letras.

535 El sitio de Jerusalén forma parte de lo que se conoce como la *Primera guerra judeo-romana*. Tito Flavio Sabino Vespasiano (39–81), antes de ser proclamado emperador del Imperio romano (desde el año 79 hasta su muerte), alcanzó renombre como comandante militar al servir a las órdenes de su padre, en Judea. En el año 70 sitió y conquistó Jerusalén, cuyo templo fue saqueado y destruido. Este hecho es aún recordado por los judíos durante la festividad de *Tisha b'Av*, principal día de ayuno del judaísmo, al que suelen llamar «el día más triste en la historia judía».

536 En el libro de oraciones de la reina María Antonieta se encontró, después de su muerte, una pequeña hoja donde se despedía de sus hijos, con el siguiente mensaje:
«16 de octubre a las 4 horas y media de la mañana.
¡Ay, que Dios mío tenga piedad de mí!
Mis ojos ya no tienen más lágrimas
para llorar por ustedes, mis pobres hijos.
Adiós, adiós. Maria Antonieta».

537 *Cf.* Urbain Legelay. *op. cit.,* París: 1854, pp. 7-8.

vida. Nunca supo lo que era dudar hasta este período; su fe había sido tan plácida y confiada como la de un niño; pero en esta etapa tuvo que pagar el peaje de la precoz madurez de su mente y los altos vuelos de su imaginación. La actividad intelectual, que había estimulado sus facultades mentales, encendió una llama dentro de sí que agitó cuestiones vitales y despertó el demonio de la duda, ese tormento de las almas nobles e inquietas que tienen hambre de creer, y que no pueden descansar hasta que la razón justifica la creencia.

Al igual que Pascal, Joubert y otros profundos pensadores, Federico estaba condenado a experimentar, como él mismo describiría muchos años después, «el horror de esas dudas que corroen el corazón, persiguiéndonos incluso de noche, con la almohada húmeda por el llanto»[538]. En un momento dado se produjo un cambio en él, sin ser luego capaz de explicar qué lo motivó. Su paz de la infancia se nubló y comenzó a cuestionar y discutirlo todo, sin dejar de creer. Alude a esta crisis en una íntima carta al amigo de la escuela antes citado:

> Pero debo entrar con cierto detalle en un período penoso de mi vida, período que comenzó cuando estaba en Retórica y que terminó el año pasado. A fuerza de oír hablar de incrédulos y de incredulidad llegué a preguntarme por qué creía yo. Dudaba, mi amigo querido, y, sin embargo, yo quería creer, rechazaba las dudas, leía todos los libros en los que se probaba la verdad de la religión, pero ninguno de los que encontraba me satisfacía plenamente. Creía, durante unos o dos meses, basándome en la autoridad de tal razonamiento; pero surgía una objeción en mi espíritu, y yo seguía dudando. ¡Oh, cómo sufría!, pues yo quería ser religioso. Me puse a leer a Valla[539]. Valla no me satisfizo. Mi fe no era sólida, y, sin embargo, yo prefería creer sin razón que dudar, pues dudar me atormentaba mucho.
>
> Empecé la Filosofía. La tesis de la certeza[540] me revolvió todo entero. Creí en algún momento que podría dudar de mi existencia[541].

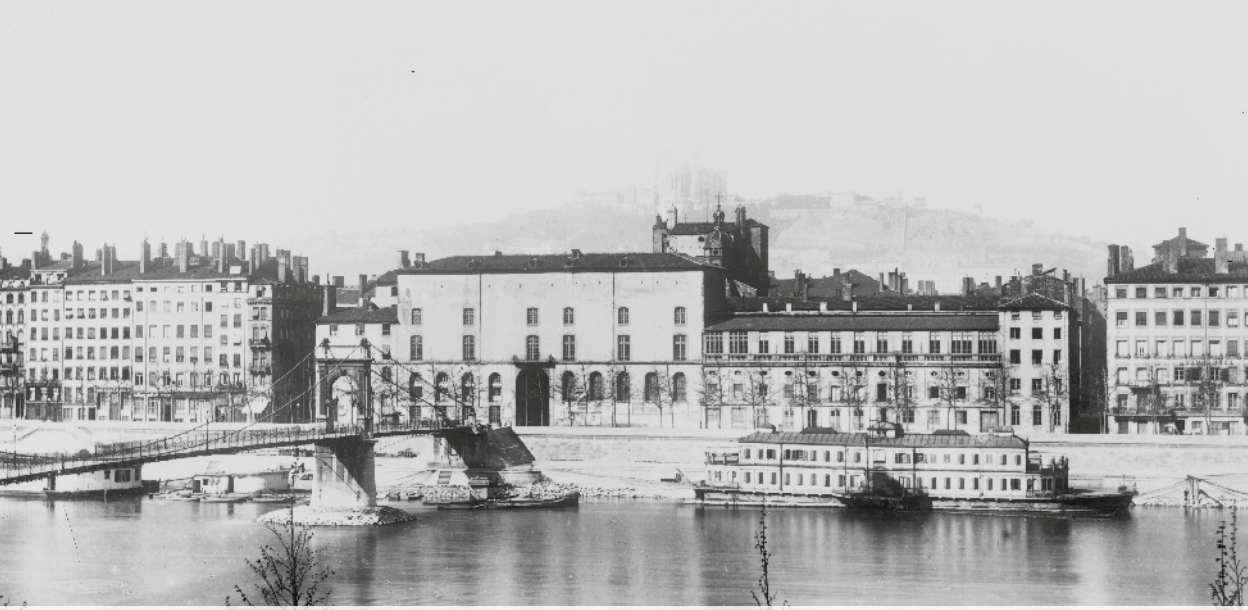
Esta prueba dejó tan viva impresión en Federico que se emocionaba siempre que aludía a ella. Un día, cuando la tentación estaba en su peor momento y se aferraba a él casi como si de un dolor físico se tratase, un súbito impulso le hizo dirigirse hacia una iglesia cercana al paseo por donde transitaba; aceleró su marcha, entró y, arrodillándose, pidió de todo corazón ser liberado de la prueba, haciendo voto de que, si Dios le daba luz

538 ŒUVRES, tomo I, en el prefacio de la obra *La civilisation au cinquième siècle*.

539 El padre Joseph Valla es el autor de un manual de filosofía (*Institutiones philosophicæ*) que se usaba entonces en las escuelas de la diócesis de Lyon.

540 Sin duda, se refiere Federico a la reflexión cartesiana sobre el principio de certeza que se desarrolla fundamentalmente en *El discurso del método*, de René Descartes.

541 A Auguste Materne, 5 de junio de 1830, en CFO, tomo 1.



En la imagen, el puente viejo que accede al Colegio y edificios del Liceo Ampère, en Lyon. El Liceo Ampère de Lyon es el nombre actual del Real Colegio en donde Federico Ozanam realizó sus estudios secundarios, y en donde conoce al abate Noirot.
Fotografía de comienzos del siglo XX, de Jules Sylvestre (1859-1936).

para ver la verdad, se dedicaría por siempre a su defensa. Sintió, al pronunciar esta plegaria, que se estaba comprometiendo con un hecho que habría de impregnar toda su vida; que, si su fe se restauraba, su vida habría de consagrarse de extraordinaria manera a su servicio. Refiriéndose a esta circunstancia, con el estremecedor sentimiento (que retuvo hasta el final de sus días) de haber escapado de un gran peligro, en la última obra que escribió dice:

> La incertidumbre de mi destino eterno no me daba descanso; me aferré a los dogmas sagrados con desesperación, pero parecían romperse en mis manos; fue entonces cuando las enseñanzas de quien era a la vez sacerdote y filósofo me salvaron. Trajo luz a mi mente. Creí en adelante con una fe firme y, conmovido por esta misericordia, prometí consagrar mis días al servicio de la verdad que me había traído paz[542].

El filósofo y sacerdote era el abate Noirot, un hombre cuya sabiduría, enseñanza y fascinante piedad influyeron grandemente en toda la generación de jóvenes espíritus contemporáneos a Ozanam.

El señor [Jean Jacques] Ampère comenta sobre el abate Noirot:

> Cuantos han estudiado con el abate Noirot están de acuerdo en reconocer, en ese querido maestro, un don especial para dirigir y desarrollar la vocación de cada uno. El abate Noirot procedía con los jóvenes según el método socrático. Cuando veía llegar a su clase de filosofía a un retórico engreído por sus éxitos y tan pagado de su importancia como podía es-

[542] ŒUVRES, tomo I, en el prefacio de la obra *La civilisation au cinquième siècle*.

> tarlo Eutidemo o Gorgias, este Sócrates cristiano empezaba por conducir a su joven sofista, hasta que quedase convencido de que nada sabía; cuando, para su bien, lo había aplastado bajo su debilidad, le levantaba y, buscando con él, le demostraba lo que era capaz de hacer. La influencia que aquel hábil maestro ejerció sobre el joven Ozanam decidió la dirección completa de sus ideas[543].

Lacordaire describe cuánto le gustaba al maestro llevar a Ozanam, su alumno favorito, como compañero en sus paseos por los solitarios y escarpados senderos que rodean Lyon, y cómo el maduro filósofo y el joven perdían la noción del tiempo mientras hablaban de profundos y elevados temas (siendo Dios y su relación con los hombres en el que más se complacían en insistir), hasta que la sombras de la noche les alcanzaban, mientras corrían de regreso a casa[544].

Federico era el más joven de los 130 alumnos que entonces estudiaban bajo la dirección del abate Noirot; rápidamente se convirtió en su alumno más brillante, y siguió siéndolo hasta que terminó los estudios:

> Era un alma escogida —decía el venerable maestro—. Estaba maravillosamente dotado por la naturaleza, tanto de mente como de corazón. Era tremendo su afán; trabajaba sin interrupción durante todo el día, e incluso durante parte de la noche. Era devoto, ardiente y particularmente modesto; alegre y risueño, aunque con un transfondo de seriedad; le gustaban las bromas y se le encontraba siempre en medio de las diversiones, ya que nunca hubo un muchacho más popular que él. Nunca he oído de él la más pequeña travesura. Era cariñoso y comprensivo; no pienso que fuera capaz de inspirar o albergar antipatía. Era, no obstante, muy ardiente, y tenía a menudo vehementes explosiones de indignación, pero no en contra de las personas individuales; nunca le vi enojado o amargado contra nadie. Era, sencillamente, inaccesible al odio, excepto contra la falsedad o las malas acciones[545].

---

543 Jean Jacques Ampère, *Notice biographique sur Frédéric Ozanam* [Nota biográfica sobre Federico Ozanam], París: Imprimerie Le Normant, 1853, pp. 4-5.

544 «Su profesor de filosofía gustaba de llevar a Federico como compañero en sus paseos por los senderos solitarios y escarpados que rodean por todos lados a Lyon y hacen querer tanto a esta ciudad a todos los espíritus dotados de un poco de melancolía meditativa. ¿Por qué no he de nombrar al maestro que concedía esa familiaridad a un adolescente inseguro? ¿Por qué no he de recordar esas amistades y aquellas famosas conversaciones que, en tiempo de Sócrates, reunía en una escuela voluntaria a la flor de la sociedad ateniense?
En realidad, el recuerdo que me ocupa no ha sido consagrado por tanta gloria; pero si la gloria no se encontraba allí, estaba en cambio la verdad y en forma tal como jamás la conocieran Sócrates ni Platón.
Durante veinte años, en una época en que la filosofía cristiana contaba con tan pocas voces, un hombre modesto y que no escribió nada, el abate Noirot, conducía por los caminos serios de la razón a una multitud de espíritus jóvenes, de los cuales Ozanam fue el más grande.
Pero varios de los que alcanzaron como él la celebridad, y todos ellos, desde las diversas situaciones de su vida, deben a su maestro común la inquebrantable lucidez de su fe».
Cf. Henri-Dominique Lacordaire, *Frédéric Ozanam*, París: Ambroise Bray, éditeur, 1856, c. 2.

545 *Cf.* J. B. Tissandier, *Leçons de philosophie professées au lycée de Lyon par l'abbé Noirot, publiées avec son* →

Este es su retrato a los diecisiete años, tal y como está plasmado en la memoria de quien le conoció bien, y cuya tierna admiración por él estaba tan fresca cuando escribió estas palabras como durante la juventud de Federico.

Mas aquellos días de estudio y agradable camaradería estaban llegando a su fin. Federico había completado su período de Filosofía, y se hallaba preparado para comenzar los estudios de Derecho[546]. Para hacerlo, era necesario trasladarse a París; pero el doctor Ozanam, su padre, a pesar de la confianza que tenía en los sólidos principios y firmeza de su hijo, era reacio, como es natural, a enviar a su hijo solo a ese proceloso mar en el que tantos jóvenes, incluso los de noble corazón, naufragaban todos lo días. Así pues, decidió que esperase un par de años en Lyon, y que trabajase, durante ese tiempo, en algún oficio que pudiera ser un buen preludio a sus futuros estudios en la escuela de Derecho. Le empleó en el bufete de un abogado. A pesar de que la poco interesante naturaleza de esta ocupación no agradó al joven Federico, la aceptó sin rechistar, y con buen ánimo se sentó en la oscura oficina, en donde poca cosa había que le recordase los campos de la poética y la filosofía en los que, hasta ese momento, se había movido. Trabajaba diligentemente, copiando cada documento legal como si tratase de uno de los muchos trabajos que había preparado para el abate Noirot, y escuchaba, con deferente paciencia, las interminables peroratas del secretario principal. Aun así, hiciese lo que hiciese, no encontraba placer en el trabajo; así que, cuando terminaba la tarea asignada, ocupaba su tiempo estudiando inglés, alemán, hebreo e incluso sánscrito; en sus horas libres leía mucho, y también encontró tiempo para escribir un tratado contra los sansimonianos[547], lo que, pudiera decirse, fue la clave del comienzo de su futura carrera literaria. «Fue como el prólogo del trabajo que le iba a ocupar hasta el fin de sus días», dijo el señor [Jean Jacques] Ampère[548].

El colectivo conocido como los sansimonianos recibía su nombre de uno de sus precursores, quien, después de muerto, fue nombrado su fundador, sin que nadie mejor que él pudiese reclamar dicho título. El sansimonis-

autorisation [Lecciones de filosofía impartidas por el abate Noirot en el liceo de Lyon, publicadas con su permiso], Paris: 1852, pp. VI-XIII.

546 Federico accede a realizar la carrera de Derecho, no por vocación, sino para contentar los deseos de su padre, como veremos. Lo mismo ocurrió con su hermano mayor Alphonse, que accedió a hacer la carrera de Medicina y, nada más terminarla, cumplió con su verdadera vocación, el sacerdocio.

547 «Reflexions sur la doctrine de Saint-Simon» [Reflexiones sobre la doctrina de Saint-Simon]. *Cf.* ŒUVRES, tomo VII.
El sansimonismo es una doctrina socialista «conforme a la cual debe ser cada uno clasificado según su capacidad y remunerado según sus obras» (*Cf.* Diccionario de la Real Academia Española, 23ª edición).

548 *Cf.* Jean Jacques Ampère, *op. cit.*, 1853, pp. 6.

mo surgió de la desorganización moral y social que siguió a la Revolución de 1830. Su principal táctica era alabar el cristianismo antiguo mientras negaba y vilipendiaba el presente, tratándolo como un credo gastado, construyendo de sus ruinas una nueva religión (*la religión del futuro*, como audazmente la denominaban).

Retrato de Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon, de origen desconocido.

Habían conseguido bastante impacto en diversas regiones de Francia, y fascinado a muchos jóvenes espíritus inquietos que, impacientes ante la apatía reinante y hambrientos de fe, se unieron a un sistema de creencias que parecía prometerles una solución al gran problema social. Durante el invierno de 1830, los sansimonianos llegaron a Lyon y recogieron allí la misma efímera cosecha que en otros lugares. Federico tuvo algunos encontronazos con ellos en las columnas de los periódicos locales; pero, no satisfecho con esto, se puso manos a la obra y compuso un tratado, que apareció el mes de abril [sic][549] de 1831, y que asestó un duro golpe a la secta que combatía. El señor de Lamartine, después de leerlo, inmediatamente escribió a Federico para felicitarle, señalando que su admiración por el talento de su autor había crecido al descubrir, con asombro, su edad[550]:

> Este comienzo —dice Lamartine— nos promete un combatiente más en la santa lucha de la filosofía religiosa y moral que libra este siglo contra una reacción materialista. Como usted, yo auguro mucho éxito. No lo hemos alcanzado todavía, pero la voz de la conciencia, esa profecía infalible del corazón del hombre honesto, nos lo asegura para nuestros hijos. Confiémonos a ese instinto y vivamos para el porvenir[551].

549 En realidad, fue publicado por primera vez en *Le Précurseur*, el 11 y el 14 de mayo de 1831. *Cf.* GALOPIN, pp. 44-45.

550 Tenía Federico 18 años recién cumplidos.

551 Alphonse de Lamartine a Federico Ozanam, 18 de agosto de 1831, en ŒUVRES, tomo X, p. 22.

Tales actividades no parecían tener mucho que ver con las ocupaciones de un pasante, pero Federico pensaba que era tan solo una fase temporal, que podría servirle como aprendizaje y que no debía absorberle hasta el punto de desviarle de intereses más altos. Nunca perdió de vista este hecho y, sin dejar de cumplir a conciencia sus tareas diarias, trabajaba con entusiasmo, preparándose para la tarea mayor que le esperaba. Se dispuso a estudiar el estado de la sociedad en Francia y el conocimiento que obtuvo sobre los profundos males que carcomían su corazón, incluso en su estrecho panorama del momento, lo llenó de una profunda compasión e intenso anhelo de ayudar, aún remotamente, a mejorar el estado de las cosas o, al menos, depositar en su trabajo una mejor competencia para hacer frente a tan tremendo problema.

La carta siguiente, escrita a dos amigos del colegio cuando Federico tenía diecisiete años y medio, revela completamente sus puntos de vista y ambiciones en este período:

> ¿Lo que se piensa a mi alrededor? Me resultaría difícil informaros, lo confieso. Sin embargo creo que, hablando de manera filosófica, en provincias no se piensa o, a lo más, se piensa muy poco. Se lleva una vida industrial y material; cada uno se preocupa de su comodidad personal, de su bienestar particular y luego, cuando su señoría el estómago está satisfecho, cuando la caja de caudales está llena, se habla de política junto a la estufa o alrededor de las mesas de billar; se habla mucho de libertad, aunque no se sepa qué es; se elogia la conducta de la guardia nacional y de las escuelas en las jornadas de diciembre[552], pero nadie se preocupa casi de las protestas, de las proclamas de los señores de la Escuela de Derecho; eso sí, se les censura acerbamente por querer gobernar al gobierno y por querer implantar, como ensayo y a su modo, una pequeña república en medio de nuestra monarquía. En resumen, lo que se desea es orden en lo material, una libertad moderada, pan y dinero; hay cansancio de las revoluciones, se tiene ansia de reposo. En fin, nuestros provincianos no pertenecen ni al pasado ni al porvenir; son hombres del presente, *hombres de báscula,* como dice la *Gaceta de Lyon*.
>
> Eso en cuanto a mi alrededor. Ahora, queréis que os diga lo que pienso, yo, ¡pobre enanillo, que solo veo las cosas de lejos y a través de los relatos con frecuencia engañosos, de los periódicos y de los razonamientos más absurdos todavía de nuestros políticos, como a través de un anteojo empañado! Como me hallo rodeado por mil opiniones directamente contradictorias que asedian sin cesar mis oídos con sus recíprocos ar-

[552] El proceso de los antiguos ministros de Carlos X ante la Cámara de los Pares (15-21 de diciembre de 1830) produjo una cierta agitación popular, y su condenación a cadena perpetua, juzgada insuficiente, provocó revueltas el 22 de diciembre. La actitud firme y serena de la guardia nacional y las exhortaciones de los estudiantes, sobre todo los del Politécnico, contribuyeron a traer de nuevo la calma.

gumentos, he fabricado ya veinte sistemas, ninguno de los cuales pudo subsistir; he hecho cien conjeturas, que los acontecimientos se han encargado de desmentir; y hete aquí que ahora, cansado de politiquear y de adivinar, me limito a mirar cómo los demás juegan a las charadas, esperando que digan en voz alta la clave del enigma.

Mientras tanto, practico la paciencia, leo las noticias solo para saber lo que sucede, trato de permanecer dentro de lo posible encerrado dentro de mi esfera individual, evoluciono por mi cuenta, estudio mucho, por ahora fuera de la sociedad para poder entrar en ella más adelante, en forma más ventajosa para ella y para mí. Este es el plan que me he trazado, que el padre Noirot me animó a ejecutar y que os aconsejo adoptéis también, mis buenos camaradas, pues, en conciencia, nosotros estamos aún demasiado verdes, no estamos todavía bastante nutridos con la savia vivificante de la Ciencia como para poder ofrecer frutos maduros a la sociedad. Apresurémonos y, mientras la tormenta derriba a muchas notabilidades, crezcamos en la sombra y en el silencio para que cuando hayan pasado los días de transición y necesiten de nosotros, nos encontremos ya hombres hechos, llenos de vigor.

Por mi parte, mi decisión está tomada, he trazado el plan de mi vida y, en calidad de amigo, debo haceros partícipes de él.

Igual que vosotros, siento que el pasado se derrumba, que los cimientos del viejo edificio se conmueven y que una terrible sacudida ha cambiado la faz de la tierra. Pero, ¿qué deberá salir de entre esas ruinas? ¿La sociedad deberá permanecer sepultada bajo los escombros de los tronos derribados, o habrá de reaparecer más brillante, más joven y más hermosa? ¿Veremos nosotros *«nuevos cielos y nueva tierra»*?[553] Esa es la cuestión importante. Yo, que creo en la Providencia y que no desespero de mi patria como Charles Nodier[554], creo en una especie de palingenesia[555]. Pero; ¿cuál será su forma, cuál será la ley de la nueva sociedad? No me atrevo a decirlo.

No obstante, lo que creo poder asegurar es que existe una Providencia, y que esa Providencia de ninguna manera ha podido abandonar durante seis mil años a criaturas razonables, naturalmente deseosas de la verdad, del bien y de la belleza, en las manos del genio perverso del mal y del error y que, por consiguiente, todas las creencias del género humano no pueden ser extravagancias, y que ha habido verdades en el mundo.

553 *Cf.* 2 Pe 3, 13 y Ap 21, 1.

554 Charles Nodier publicaba entonces (en la *Revue des deux mondes*) algunos extractos de sus recuerdos de la Revolución, en un tono muy pesimista.
La *Revue des Deux Mondes* (Revista de los dos mundos) es una publicación francesa mensual, fundada en 1829, que aún se edita en la actualidad.

555 Término que procede de la palabras griegas πάλιν (palin, de nuevo) y γένεσις (génesis, origen, nacimiento). Teoría filosófica y religiosa según la cual la historia se compone de ciclos sucesivos.
Sobre este concepto, entonces de moda, *Cf.* DISQUISITIO, p. 108, nota 51.

Ahora se trata de reconquistar esas verdades, desembarazándolas del error que las envuelve; es menester buscar entre las ruinas del mundo antiguo la piedra angular sobre la cual habrá de reconstruirse el nuevo. Sería algo así como esas columnas que, según los historiadores, fueron erigidas antes del diluvio para transmitir el depósito de las tradiciones a los que habrían de sobrevivir, cuando el arca sobrenadaba por encima de las aguas llevando consigo a los padres del género humano[556].

Pero ¿dónde buscar esa adaraja, esa columna de tradiciones, esa barca de salvación? Entre todas las ideas de la antigüedad, ¿dónde desenterrar las únicas verdaderas, las únicas legítimas? ¿Por dónde empezar, por dónde concluir?

Aquí me detengo a reflexionar: la primera necesidad del hombre, la primera necesidad social, las ideas religiosas; el corazón tiene sed de lo infinito.

Por lo demás, si existe un Dios, y si existen hombres, se impone entre ellos una relación. Debe haber por tanto una religión; en consecuencia, una revelación primitiva; como segunda consecuencia, existe una religión primitiva, de origen antiguo, esencialmente divina y por eso mismo, esencialmente verdadera.

Y es esa herencia, transmitida desde lo alto hacia el primer hombre y del primer hombre a sus descendientes, lo que estoy ansioso por investigar. Me dirijo así a través de regiones y de siglos, removiendo el polvo de todas las tumbas, registrando los restos de todos los templos, exhumando todos los mitos, desde los salvajes de Kóoch[557] hasta el Egipto de Sesostris[558]; desde los hindúes de Vishnú[559] hasta los escandinavos de Odín[560]. Examino las tradiciones de cada pueblo, buscando su razón de ser, su origen, y ayudado por las luces de la geografía y de la historia, descubro en toda religión dos elementos bien nítidos: un elemento variable,

556 Una de las fuentes de esta creencia es el antiguo manuscrito Cooke (c. 1410), conservado en el British Museum, donde se lee que toda la sabiduría antediluviana fue escrita en dos grandes columnas (párrafos 281-326): «Y por ello idearon escribir todas las ciencias que habían encontrado en estas dos piedras [mármol y ladrillo], de manera que si Dios se vengaba con el fuego el mármol no fuera quemado, y si Dios se vengaba con el agua la otra piedra no se hundiera. Y por ello rogaron al hermano mayor de Jabal que construyera dos columnas con estas dos piedras, y que esculpiera en los dos pilares todas las Ciencias y las Artes que habían hallado.»

557 Ozanam se refiere a los indígenas de los pueblos amerindios de la Patagonia, concretamente los relatos de la creación de los Tehuelches referidos a Kóoch, la deidad creadora.

558 Sesostris fue el segundo faraón de la dinastía XII del Imperio Medio de Egipto, y gobernó de 1956 a 1911 a.C.

559 Visnú es un dios hindú. Según el Padma-purana, Visnú es el dios principal de la trimurti; es decir, él es el creador, preservador y el destructor del universo: cuando Visnú decidió crear el universo se dividió a sí mismo en tres partes. Para crear dio su parte derecha, dando lugar al dios Brahmá. Para proteger dio su parte izquierda, originando a Visnú (es decir, a sí mismo) y por último, para destruir dividió en dos partes su mitad, dando lugar a Shivá.

560 Odín es considerado el dios principal de la mitología nórdica y algunas religiones tradicionales germánicas.

Pintura de Lyon, hacia 1860.
Adolphe Rouargue - Archiv "Deutschland und die Welt".

particular, secundario, originado según las circunstancias de tiempo y de lugar en las cuales cada pueblo se ha encontrado, y un elemento inmutable, universal, primitivo, inexplicable ante la historia y la geografía. Y como ese elemento aparece en todas las creencias religiosas y surge tanto más completo, tanto más puro, cuanto más uno se remonta hasta épocas más antiguas, saco de ahí la conclusión de que solo él reinó en los primeros días y que es el elemento que constituye la religión primitiva. De ahí se infiere, por consiguiente, que la verdad religiosa es aquella que, esparcida sobre toda la tierra, se encuentra en todas las naciones, transmitida por el primer hombre a su posteridad, corrompida luego y mezclada con todas las fábulas y con todos los errores.

Esa es la necesidad que yo sentía en la sociedad; en mí mismo sentía algo análogo: ansiaba una base sólida para aferrarme y afianzarme, para poder resistir el torrente de la duda. Y entonces, ¡oh, amigos míos!, mi alma se llenó de alegría y consuelo pues, por el poder de su razón, ha encontrado precisamente ese catolicismo que aprendiera en otro tiempo de labios de una madre buena, que tan querida fue en mi infancia y que tantas veces alimentó mi espíritu y mi corazón con sus hermosos recuerdos y con sus esperanzas aún más bellas: ¡el catolicismo, con todas sus grandezas, con todas sus delicias!

Vacilante algún tiempo ante la duda, sentía una invencible necesidad de aferrarme con todas mis fuerzas a la columna del templo, aunque hubie-

ra de aplastarme en su caída, y he aquí que hoy vuelvo a encontrarla, a esa columna, apoyada sobre la Ciencia, resplandeciente con los rayos de la Sabiduría, de la Gloria y de la Belleza; vuelvo a encontrarla, y la abrazo con entusiasmo, con amor. Permaneceré a su lado, y extendiendo mi brazo, la señalaré como un faro de salvación para los que flotan sobre el mar de la vida. Y, ¡feliz yo, si algunos amigos, acercándose, se agruparan en torno a mí! Entonces, uniríamos nuestros esfuerzos, crearíamos una obra de conjunto, otros se nos irían incorporando y quizá, un día, la sociedad entera se reuniría bajo esa sombra protectora; ¡el catolicismo, lleno de juventud y de fuerza, se erguiría de repente sobre el mundo y se pondría a la cabeza del siglo renaciente para conducirlo a la civilización, a la felicidad! ¡Ah! amigos míos, me siento emocionado al hablaros, rebosante de placer intelectual; pues la obra es magnífica y yo soy joven, tengo muchas esperanzas y creo que llegará un día en que habré alimentado, fortificado mi idea y así la podré expresar dignamente.

Sí; los trabajos preliminares me han permitido ya entrever la vasta perspectiva que acabo de describiros y sobre la cual planea mi imaginación, trasportada. Pero no basta contemplar la carrera que debo recorrer; es menester ponerse en camino pues ha llegado la hora, y, si quiero hacer un libro a los treinta y cinco años, debo empezar a los dieciocho los trabajos preliminares que son numerosísimos.

En efecto, para llegar a poder expresar mi idea con exactitud, debo conocer una docena de idiomas para consultar fuentes y documentos; saber bastante de geología y astronomía para poder discutir los sistemas cronológicos y cosmogónicos de los pueblos y de los sabios, y por último, estudiar historia universal en toda su extensión e historia de las creencias religiosas bien a fondo.

Sin duda, os escandalizáis y os burláis de la temeridad de este pobre Ozanam; os acordaréis de la rana de La Fontaine[561] y del *ridiculus mus*[562] de Horacio. ¡Como os parezca! Yo mismo me asombré de mi osadía, pero ¿qué hacer? Cuando una idea se ha hecho carne en uno durante dos años y bulle en el entendimiento, impaciente por desbordarse hacia el exterior, ¿puede uno retenerla? Cuando una voz nos grita sin cesar: *¡haz esto! ¡yo lo quiero!,* ¿puede uno decirle que se calle?

Por lo demás, he comunicado mi idea al abate Noirot, quien me ha animado mucho a llevar a cabo mi plan, y al manifestarle que temía encontrar demasiado pesada la tarea para mí, me aseguró que fácilmente encontraría muchos jóvenes estudiosos prontos a ayudarme con sus

561 Fábula *La Grenouille qui veut se faire aussi grosse que le Boeuf* (La rana que quiso igualarse a un buey), de La Fontaine.

562 «Ridículo ratón». Horacio, *Ars poetica*, 139, basado en una fábula de Esopo, *Parturient montes* (El parto de los montes).

> consejos y sus trabajos; por eso, pensé en vosotros, mis buenos amigos[563].

En varias cartas de la misma época aparece Federico resuelto en semejantes y grandiosos planes religiosos, descubriendo su corazón ante sus jóvenes amigos, a quienes trataba de alistar en su caballeresco plan:

> Tus ideas acerca de la gloria son perfectamente naturales en un joven —escribe al señor Falconnet, su primo—; no hay que hacer de ella un fin, sino aceptarla como un regalo. Enamorado de su propia existencia, el hombre, sin cesar, desea verla prolongarse; revive en sus hijos, revive en sus obras; cree revivir en el corazón de cuantos bendicen su nombre. La verdadera gloria es el agradecimiento de la posteridad. Así como el hombre bueno no derrama sus beneficios para obtener gratitud y, no obstante, acepta las demostraciones de ella con tierna satisfacción, así el verdadero filósofo, el cristiano, no obra por la gloria y sin embargo no puede evitar ser sensible a ella. Y así como muy a menudo la ingratitud y el olvido son la respuesta a las obras más beneficiosas, el hombre justo pone sus esperanzas en un lugar más alto, espera su recompensa y su gloria de manos de un juez incorruptible, y recuerda a los hombres ingratos que hay un Dios remunerador[564].

La naturaleza bendijo a Ozanam con una actitud singularmente positiva hacia las circunstancias externas, aunque, como veremos, su alma era naturalmente inquieta, y con frecuencia *interiormente turbada*.

Era pobre, mas estaba contento de su situación. Rara vez hubo un joven, consciente de sus dones intelectuales, que comenzase su vida más libre de la mera ambición de conseguir dinero y posición, en el sentido mundano:

> De buena gana doy gracias a Dios —dijo— por haberme hecho nacer en uno de esos estados entre la escasez y la comodidad que acostumbran a las privaciones, sin llegar a olvidar completamente los goces; en que no pueden satisfacerse todos los deseos, pero no se vive atenazado por la necesidad. Sabe Dios, dada la natural debilidad de mi carácter, qué peligros me hubiera acarreado la molicie de la buena posición o la abyección de las clases indigentes[565].

563 A Hippolyte Fortoul y Claude Huchard, 15 de enero de 1831, en CFO, tomo 1.

564 A Ernest Falconnet, 4 de septiembre de 1831, en CFO, tomo 1.

565 A François Lallier, 5 de noviembre de 1836, en CFO, tomo 1.

Diligencia de las *Messageries royales*, cuadro atribuido a A. Benard, de 1820.
Fuente: Museo Nacional del Automóvil y Turismo,
Palacio de Compiègne, en la Picardía, Francia.

Las *Messageries royales* fueron un servicio de transporte instaurado en 1775. Federico Ozanam viajó en mútiples ocasiones en estas diligencias, entre Lyon y París:

«Mañana miércoles, a las 7 de la mañana, parto hacia París, con las *Messageries royales*».
A Henri Pessonneaux, del 1 de noviembre de 1831, en CFO, tomo 1.

«He tomado la decisión de reservar mi plaza para mañana jueves a las seis y media de la mañana en las *Messageries royales* que pasan por el Borbonés».
A sus padres, 7 de agosto de 1833, en CFO, tomo 1.